

¿Un nexa causal? Hacia una historia real del antifascismo y el antibolchevismo

Gerd Koenen

Gerd Koenen (Marburgo, 1944) es historiador y publicista. Es autor, entre otros, del libro *Deutschland und die Russische Revolution* (1998). El presente artículo apareció originalmente en su obra *Utopie der Säuberung. Was war der Kommunismus?* (Alexander Fest Verlag, 1998).

La cuestión de si hubo un «nexa causal» entre el bolchevismo en la Unión Soviética y el nacionalsocialismo en Alemania es muy anterior a la *Historikerstreit*. La controvertida tesis de Ernst Nolte daba por supuesto que la formación de los nacionalsocialistas como partido y movimiento, y su subsiguiente ascenso al poder, difícilmente era concebible sin el miedo visceral de la burguesía alemana al bolchevismo; el antisemitismo exterminista de los nazis fue sólo una especie de réplica y un reverso interpretativo de la amenazadora expectativa de una Alemania soviétizada. Así, el «genocidio de clase» bolchevique proporcionó el modelo histórico al «genocidio racial» nazi, la aniquilación de los judíos europeos.

Pero esta tesis de Nolte era solamente una *réplica* prácticamente especular de la mitología del antifascismo comunista de la postguerra, según la cual la colectivización de Stalin y el Gran Terror de los años treinta fueron simplemente medidas de precaución, profilácticas, o en todo caso una reacción ante la «amenaza mortal» de un nacionalsocialismo ascendente y sus planes para el Este. Así, el hecho de que los dirigentes soviéticos pusieran todo el país en estado de guerra e impulsaran la industrialización y el rearme sin ninguna consideración en cuanto a víctimas humanas, pareció extremadamente previsor. Incluso en Occidente mucha gente estuvo dispuesta a ver las cosas de esta manera. Ciertamente, esta actitud correspondió a los sentimientos de muchos ciudadanos soviéticos a la luz de la histórica victoria de 1945. La responsabilidad por todos los sufrimientos y privaciones e incluso por los millones de personas «represaliadas» sin sentido, desaparecidas o muertas en lo mejor de sus vidas, fue atribuida retrospectivamente a los fascistas y a los invasores alemanes. La revolución, la guerra civil, la colectivización, las purgas y la guerra mundial se fundieron en una única época de sangre y hierro.

Esto no altera el hecho de que tal punto de vista no tiene nada que ver con las realidades de los años treinta. Moscú no valoró de ninguna manera negativamente el auge del nacionalsocialismo, sino más bien lo vio como parte de un revanchismo alemán —que la crisis económica mundial había hecho virulento— contra las potencias de Versalles, y en el cual se podían depositar ciertas esperanzas. La relación secreta entre el Reichswehr y el Ejército Rojo fue tensa, pero útil. En el marco de la política de planes quinquenales se intensificó la cooperación técnica y económica entre ambos países. En febrero de 1931 una nutrida delegación de magnates de los negocios alemanes —desde Krupp y Borsig hasta Klöckner y Siemens— visitó la Unión Soviética. Los empresarios regresaron impresionados y alentaron al gobierno alemán a que asegurara los prometidos «pedidos rusos» con créditos y avales garantizados por el Estado. En 1932, casi la mitad de las importaciones rusas, sobre todo de bienes tecnológicos, procedía de Alemania, excediendo con mucho a Estados Unidos, cuyas empresas, mientras tanto, habían aumentado su relación con Rusia.

Moscú también intentó conseguir aliados en el amplio espectro de la intelectualidad nacional-alemana y nacional-revolucionaria. Así, en enero de 1932, se pudo ganar a figuras prominentes como Otto Hoetzsch, Klaus Mehnert, Ernst Jünger, Carl Schmitt, Adolf Grabowsky, Friedrich Lenz

y Ernst Niekisch como miembros de una «Asociación para el estudio de la economía planificada en la URSS» (*Arbplan*), fundada por miembros del partido como Georg Lukács, Arvid von Harnack, Karl A. Wittfogel y Paul Massing. En agosto de 1932, una delegación del *Arbplan* viajó a la Rusia soviética. Lukács caracterizaría aún en abril de 1941, en un informe al partido, a los veinticinco participantes como gente de derechas, «con ideas en parte fascistas, pero por diversas razones partidarias de una orientación prosoviética de la política alemana». Incluso si esta iniciativa quedó como un mero episodio, no deja de arrojar una luz significativa sobre la índole de la política de alianzas soviética en y hacia Alemania antes de 1933.

De acuerdo con las resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1928, la política del Partido Comunista Alemán (KPD), el más importante de los partidos comunistas fuera de la Unión Soviética, estaba dirigida principalmente contra el llamado socialfascismo, es decir, la socialdemocracia. Esto no fue un mero error de juicio, sino más bien una cuestión de definición. Según la Comintern, el «fascismo» era un «antibolchevismo» militante que se encontraba no sólo en las clases altas de propietarios sino también en las masas pequeñoburguesas y proletarias «corruptas». En Alemania la socialdemocracia era marcadamente partidaria de una política pro-occidental; contemplaba a la Unión Soviética con extremo escepticismo y se había mostrado dispuesta a defender la República contra todos los intentos de derribarla, tanto desde la derecha como desde la izquierda. Precisamente eso revelaba su carácter «socialfascista». Por lo demás, la prensa del KPD motejaba a *todos* los partidos de «fascistas». Aparte de socialfascistas, había también clericalfascistas (el *Zentrum*), nacionalfascistas (los *Deutschnationalen*) y, finalmente, los nazis o fascistas hitlerianos.

En 1930, cuando de la noche a la mañana el NSDAP llegó a ser el segundo partido más fuerte, el KPD intentó ponerse por delante de todos con una «Declaración programática sobre la liberación nacional y social del pueblo alemán». En este programa se caracterizaba a los nazis como demagogos pseudoradicales que se estaban aprovechando de la «traición» socialdemócrata. Los auténticos campeones de los intereses nacionales del pueblo alemán eran los comunistas que, inmediatamente después de llegar al poder, «harían pedazos» el tratado de Versalles y «garantizarían la posibilidad de anexión a la Alemania soviética de aquellas regiones alemanas que expresen su deseo en este sentido». Se hacía referencia aquí, sin duda, a Austria, a los Sudetes, a Danzig y a la antigua Prusia Occidental —es decir, al denominado corredor—. Una Gran Alemania socialista que participase en el poderoso proyecto de industrialización de la Unión Soviética no sólo superaría de golpe la crisis económica sino que también formaría un bloque invencible contra los imperialistas y explotadores occidentales. Esto llevaba implícito una buena dosis de nacionalismo autóctono de los cuadros del KPD, quienes estaban firmemente convencidos de que el centro de una «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas» *ampliada*, tal como lo había previsto Lenin, se desplazaría de Moscú al Berlín rojo.

Cuando en 1932 los nacionalsocialistas se convirtieron en el partido más votado, esto fue entendido como la agudización de una crisis «sin salida» del capitalismo que sólo podría terminar en revolución. En cualquier caso, el KPD también había conseguido avances significativos. En las elecciones de julio, 5'3 millones de personas votaron a los comunistas. En las elecciones de noviembre, les votaron 600.000 más. Con un porcentaje de casi el 17%, el KPD se quedó a 3'5 puntos del SPD y, en importantes distritos industriales los comunistas superaron claramente a los socialdemócratas. En el «Berlín rojo» incluso obtuvieron más votos que el SPD y el NSDAP juntos. Y eso justo en un momento en que habían colapsado los transportes públicos de la ciudad con una huelga «salvaje», aliándose para ello, en un giro desconcertante, con las «organizaciones de

empresa nacionalsocialistas». El NSDAP fue castigado por el electorado con fuertes pérdidas en votos, particularmente en los barrios burgueses, y parecía que entraba en declive. ¿Podía haber una prueba más clara de que era posible, con acciones de carácter revolucionario, ganarse el apoyo de las masas y llevar el sistema a la desintegración total?

Que antes pudiera llegar aún al poder otro gobierno de Hugenberg o de Hitler, era una circunstancia posible. Pero los comunistas no temían tal eventualidad, antes al contrario. Si las masas decepcionadas se revolvían contra la dirección económica nazi, porque ésta no podía romper el *diktat* de Versalles ni resolver la crisis de la economía y era incapaz de remediar el empobrecimiento generalizado, llegaría ineluctablemente la hora del levantamiento armado.

El hecho de que, con casi seis millones de simpatizantes, cientos de miles de militantes disciplinados y un aparato conspirativo bien estructurado, el KPD permaneciese básicamente pasivo después de que Hitler se hiciera con el poder a principios de 1933, sólo se puede explicar por esta estrategia de «atentismo revolucionario», que estaba directamente relacionada con la política soviética respecto de Alemania. Esto, por lo demás, también prefiguró algunas semejanzas con el catastrófico error de cálculo de Stalin entre 1939 y 1941, cuando se atribuyó a Hitler y a los nazis un papel central en la destrucción del «viejo» sistema mundial capitalista-imperialista.

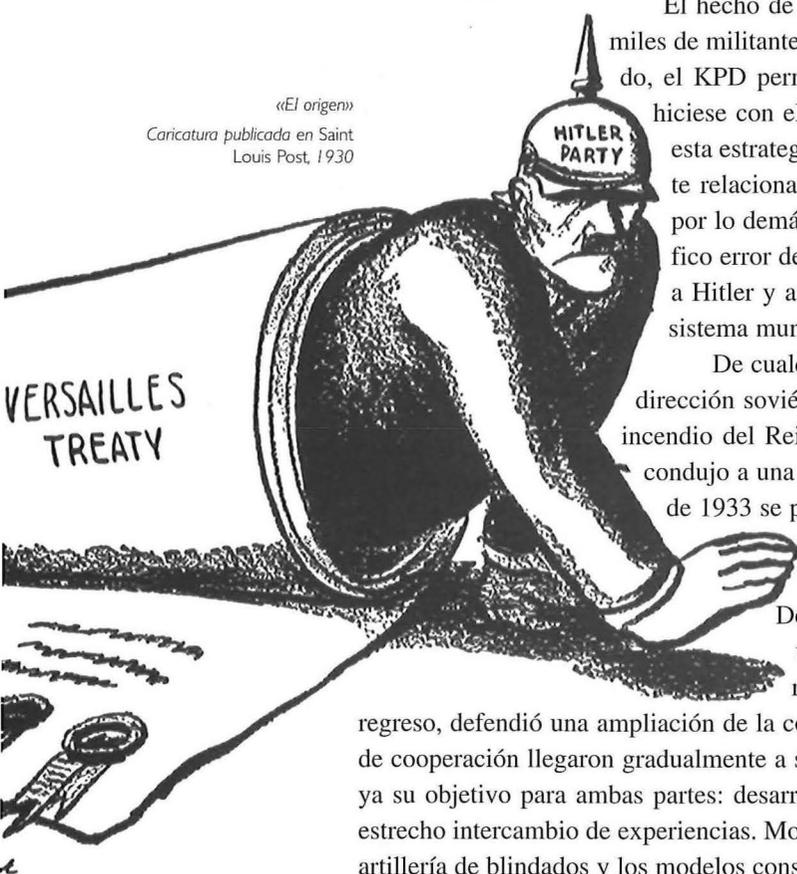
De cualquier modo, la toma del poder por Hitler no inquietó a la dirección soviética. Incluso la destrucción del KPD con el pretexto del incendio del Reichstag y la abierta instauración de la dictadura nazi no condujo a una seria limitación de las relaciones diplomáticas. En mayo de 1933 se procedió, significativamente, a la renovación del «tratado de neutralidad y amistad» de Berlín, firmado en 1926 y que mientras tanto había vencido. El director del Departamento de Armamento alemán, Bockelberg, realizó una gira de dos semanas por la Unión Soviética, fue literalmente abrumado con expresiones de amistad y, a su

regreso, defendió una ampliación de la cooperación militar. Pero no tuvo éxito. Más de diez años de cooperación llegaron gradualmente a su fin por acuerdo mutuo. En gran parte, había cumplido ya su objetivo para ambas partes: desarrollar y probar lo esencial de las armas del futuro en un estrecho intercambio de experiencias. Moscú dio permiso para que los prototipos de aeroplanos, la artillería de blindados y los modelos construidos en bases de pruebas alemanas en territorio soviético fueran devueltos íntegramente a Alemania, e incluso proporcionó gratuitamente la mano de obra y los medios de transporte necesarios. Las despedidas normalmente adoptaron la forma de cálidas garantías de que «la vieja camaradería perduraría».

En conjunto, la Unión Soviética estaba muy por delante de Alemania en el desarrollo y producción de sistemas modernos de armamento. Cuando el Tercer Reich *inició* su producción de tanques y aeroplanos en 1934, el Ejército Rojo estaba abundantemente equipado ya desde hacía tiempo con ambos tipos de armas. El único que hablaba de la amenaza del Tercer Reich era el antiguo experto en cuestiones alemanas, marginado desde hacía mucho, y ex-trotsquista Karl Radek. Contrariamente a ello, en enero de 1934 uno de los colaboradores más estrechos de Stalin, Voroshilov, le aseguró al embajador alemán que «dos palabras en público del canciller serían suficientes para disipar las tendencias antisoviéticas del *Mein Kampf*».

«El origen»

Caricatura publicada en Saint
Louis Post, 1930



En qué escasa medida se consideraba una cesura la toma del poder por los nacionalsocialistas lo demuestra una discusión del Comité Ejecutivo de la Comintern en diciembre de 1933. En el curso de la misma se acuñó la famosa definición del fascismo como la «dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capital financiero». El fascismo era así solamente un cambio gradual, no un cambio cualitativo, respecto a la democracia burguesa, que también era considerada como una dictadura –aunque encubierta– de la burguesía. Una dictadura «abierta» podía tener muchas ventajas, ya que el «desarrollo revolucionario es simultáneamente obstaculizado y acelerado por la rabia fascista de la burguesía». Más aún, «la demagogia fascista... en contra de la voluntad de los propios fascistas, puede hacernos más fácil la liberación de las masas obreras de las ilusiones de la democracia parlamentaria y de la evolución pacífica». El enemigo más peligroso del movimiento obrero revolucionario seguía siendo el mismo: «el socialfascismo», es decir, el SPD, ya que pretendía convencer a las masas proletarias de una vuelta a la democracia burguesa.

El grado de oscurantismo alcanzado en los análisis de la Comintern sobre el nacionalsocialismo se puede inferir de un libro que publicó en 1934 un tal Ernst Henri en Londres bajo el título *Hitler over Europe?* Fue presentado como la obra de un emigrado alemán antifascista. En realidad era una obra de encargo realizada por un periodista soviético. Se difundió por toda Europa y en la Unión Soviética llegó a ser una especie de obra de referencia hasta los años sesenta. El libro presentaba a Fritz Thyssen, el magnate del Ruhr, como el auténtico inspirador de una «Internacional parda» y a Hitler y Mussolini como simples ejecutores de las órdenes del gran capital. El antisemitismo de los nazis era una vulgar maniobra de distracción. No sólo no les pasaría nada a los capitalistas financieros judíos, sino que ellos mismos se encontraban entre los principales financiadores del fascismo internacional.

Así, el giro hacia la denominada política de Frente Popular dado en el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en agosto de 1935, al que asistieron delegados de 65 partidos comunistas, fue de lo más sorprendente. La prensa soviética apenas había mencionado la oleada de estallidos antisemitas en Alemania desde que los nacionalsocialistas llegaron al poder. Ningún ciudadano soviético había firmado ninguna de las numerosas resoluciones y manifiestos que circulaban en aquel momento, en los que los intelectuales progresistas de todos los países tomaban postura contra la política racial del Tercer Reich. Ahora se dejó a Georgi Dimitrov, el nuevo presidente de la Comintern que había sido acusado principal en el «proceso por el incendio del Reichstag» (fue declarado inocente debido a la falta de pruebas y después abandonó el país por intervención personal de Hitler), que atacase al «fascismo hitleriano» como un sistema de «chovinismo bestial» y de «bandidaje político». Con todo, el movimiento nazi era sólo «la variante más reaccionaria del fascismo», que había llegado a ser un «fenómeno general» en todo el mundo.

En su informe Dimitrov presentaba al fascismo alemán como «principal instigador de una nueva guerra imperialista», pero también como la «tropa de choque de la contrarrevolución internacional», es decir, como instrumento y aliado de terceras potencias. No mencionaba los planes de los nacionalsocialistas en torno al *Lebensraum*, a diferencia de la política de la «Gran Asia» de Japón y de las fantasías de Mussolini de un nuevo «Imperio Romano». Hitler era presentado como un aspirante a «mesías alemán», que había conseguido engañar a las masas con su eslogan «¡Abajo Versalles!» y que ahora estaba intentando ofrecer sus servicios a las potencias occidentales como garantía y punta de lanza contra el bolchevismo.

La nueva estrategia de «Frente Popular» tenía que agrupar a los trabajadores de todos los países bajo la bandera de la nación, de la democracia y de la civilización contra la tendencia mun-

dial hacia la «fascistización» y la «política de guerra» de la burguesía y, a partir de ahí, luchar a favor del «poder soviético». No se hablaba de formar un frente unido internacional contra los estados fascistas y contra la Alemania nazi. Se trataba, así, de un cambio en la táctica revolucionaria para tomar el poder.

Ciertamente, con la entrada en la Sociedad de Naciones —en lugar de la Alemania nazi, que se había retirado— así como a través de los tratados con Francia y Checoslovaquia, la Unión Soviética había iniciado en esa época una política basada en la «seguridad colectiva». Sin embargo, inmediatamente después de la firma de los tratados, el agregado de prensa Gnedin manifestó en el Ministerio de Asuntos Exteriores que tales pactos no debían interpretarse como obligaciones concretas de mutua asistencia; por ejemplo, en caso de que el ejército alemán penetrara en la Renania desmilitarizada...

Evidentemente, la dirección soviética trabajaba sobre el supuesto de que el revisionismo alemán estaba principalmente dirigido contra las potencias occidentales y que «los asentamientos alemanes en el Este» abarcarían, como mucho, sólo a Polonia y Checoslovaquia. En cualquier caso, tal como ha resaltado Walter Laqueur, en la Unión Soviética de los años treinta no se publicó «ni una sola obra de historia del nacionalsocialismo... ni ninguna obra general de cualquier tipo sobre la política exterior e interior del Tercer Reich como las que aparecieron, con profusión, en el resto del mundo». Ni un solo estudio soviético abordaba específicamente los «planes de *Lebensraum*» de los nacionalsocialistas. Todas las tesis sobre el eterno «empuje alemán hacia el Este», sobre el capitalismo alemán como un «recién llegado» y sobre su «peculiar agresividad», que más tarde fueron parte del repertorio fijo de la historiografía soviética de la postguerra, ni siquiera eran mencionadas en la literatura de los años treinta. El pacto Hitler-Stalin de agosto de 1939, por lo demás, pareció confirmar que los intereses geoestratégicos comunes todavía no se habían agotado, en fuerte contraste con las medias concesiones y las tibias garantías que las potencias occidentales habían ofrecido a una u otra potencia.

Este serio error de cálculo por parte soviética puede parecer comprensible, en la medida en

Propaganda nacionalsocialista,
1933



que el tema del «*Lebensraum* en el Este» en realidad no había jugado un papel significativo ni en la progresión de los nacionalsocialistas antes de 1933, ni en su política exterior una vez llegaron al poder. Cuando en 1925 Hitler, en su libro-profesión de fe *Mein Kampf*, poco leído al principio, hablaba de un «nuevo avance germánico» hacia el Este que caería sobre la Unión Soviética y la destruiría como un «coloso con pies de barro», sonaba tan futurista como, por ejemplo, el «salto hacia el Sur» de Vladimir Zhirinovsky, al término del cual los victoriosos soldados rusos se lavarían las botas en el Océano Índico. Toda la argumentación de Hitler se basaba en la hipótesis de que el núcleo racial germánico que había formado el Estado en el imperio ruso había sido completamente aniquilado por el bolchevismo judío, y que «el gigantesco imperio del Este... (estaba) maduro para el colapso». Esta señal del desti-

no abría, precisamente, la posibilidad de que Alemania girara de la «política comercial y colonial del período anterior a guerra» a «la política territorial del futuro». Pues sólo un Estado que gobernara un espacio territorial «inherentemente protegido», como la Unión Soviética y Estados Unidos, podría ser una potencia mundial en el futuro.

Por muy rígido e ideológico que pareciese este objetivo de Hitler, también era clarividente a su manera. Quien quisiera promover seriamente el retorno de Alemania a la condición de gran potencia de primer orden, tenía que ver claro que no bastaba ya el simple revanchismo, sino que se imponía «la ambición de ser potencia mundial» en todo el sentido de la expresión. Una política de esta índole debería ir mucho más allá del «lugar al sol» guillermino y recurrir a medios y medidas extremos. Ganar espacio vital en el Este y establecer un imperio continental indogermánico sólo sería el punto de partida para una futura y definitiva confrontación con las potencias capitalistas occidentales. El enemigo judío mundial evocado en *Mein Kampf*, al fin y al cabo, tenía su sede más en Wall Street, en la City de Londres o en los salones de París que en el Kremlin de Moscú. Además, el peligro *más inmediato* era «Francia, que cada vez más cae presa de la negrización», ya que con su obstinada voluntad de hegemonía continental contituía «por su vinculación a los objetivos del dominio mundial judío un peligro latente para la supervivencia de la raza blanca en Europa».

Como consecuencia de todo esto, la jerarquía y la secuencia de enemigos no era de ninguna manera fija en la construcción de Hitler. La primera cosa que había que hacer, en todo caso, era liberarse de las «cadenas de Versalles». Con toda probabilidad, eso significaba que Francia, con sus «satélites del Este», sobre todo Polonia, se encontraba entre los primeros de la lista de enemigos a abatir. Según Hitler, tal programa de ascenso alemán a la condición de potencia mundial sólo podría asegurarse a través de una alianza con Inglaterra, concretamente sobre la base de un acuerdo global que garantizase a Gran Bretaña el dominio de los mares y dejase a una futura Gran Alemania manos libres en el continente euroasiático. Junto a esto Hitler propugnaba un pacto con la Italia de Mussolini, que por su parte aspiraba a establecer un nuevo «Imperio Romano» en el Mediterráneo. En último término, todo dependía de esta imaginada construcción de alianzas.

Una estrategia de política exterior como la que proponía Hitler, en cualquier caso, era totalmente marginal en el espectro político de la República de Weimar e incluso para su mismo partido significaba un cambio abrupto de perspectiva. Hasta la intentona golpista de Munich de noviembre de 1923, Hitler y sus seguidores más cercanos –Rosenberg, Scheubner-Richter y Eckart– habían formado parte de una derecha *völkisch* y antisemita, en la que la idea de una liberación *conjunta* de Alemania y de Rusia del dominio del judaísmo, del vasallaje que imponían las finanzas judías y del bolchevismo judío, constituía la vía regia del renacimiento nacional. Sólo el bloque continental de una Alemania nacional y una Rusia nacional, como preconizaban los rusos blancos exiliados, parecía capaz de oponerse a la prepotencia de las potencias de Versalles. Sin embargo, esta opción se haría cada vez más improbable con la consolidación del régimen soviético.



La devaluación del marco frente al dólar, 1922

Por eso había en los círculos derechistas nacional-alemanes y nacional-revolucionarios una predisposición creciente a contemplar también la posibilidad de una alianza con la Rusia bolchevique. La forma incondicional como los dirigentes soviéticos habían defendido su país contra toda intervención occidental y lo habían convertido en radicalmente autárquico suscitaba admiración incluso en antiguos combatientes del *Freikorps* y en antibolcheviques declarados. Aquí se entremezclaban las muy ambiguas tendencias de una «orientación hacia el Este» en el terreno cultural, que era el correlato del rechazo, cargado de resentimiento, al Occidente burgués, decadente y materialista que se había conformado ya durante la Primera Guerra Mundial, y que había llegado a ser casi general después del «*diktat* de Versalles». Un análisis de conjunto de las corrientes políticas e intelectuales durante los años de Weimar muestra que no se puede hablar de un antibolchevismo universal, ni siquiera combinado con la rusofobia, el antieslavismo y el antisemitismo.

El ala izquierda del NSDAP, aglutinada en torno a los hermanos Strasser o el joven Goebbels, tenía una posición completamente diferente a la mantenida por Hitler en *Mein Kampf*. A principios de 1926, en su folleto «La segunda revolución», Goebbels publicó una carta ficticia a un revolucionario ruso ficticio —el dostoiévskiano Iván, que ya había servido en la novela de juventud de Goebbels *Michael* como contrapunto al héroe alemán— en la que afirmaba con toda claridad: «Por eso miramos a Rusia, porque es la que antes compartirá con nosotros el camino al socialismo. Porque Rusia es, por naturaleza, el aliado que tenemos contra el diabólico envenenamiento y la enervación de Occidente.» Esa alianza ruso-alemana era perentoria «no porque nos guste el bolchevismo, porque nos gusten los abanderados judíos del bolchevismo, sino porque en la alianza con una Rusia auténticamente nacional y socialista nosotros reconocemos el inicio de nuestra propia autoafirmación nacional y socialista».

Para Goebbels, como para muchos integrantes de la derecha nacional, el régimen soviético a través de su supuesta alianza con el campesinado y después de la eliminación de los trostquistas, había adquirido desde hacía tiempo las características de un bolchevismo nacional ruso y, en muchos aspectos, como su consumada politización y militarización de la vida social, mostraba rasgos ejemplares. Cuando los cabecillas de la fronda izquierdista del partido fueron duramente recriminados a causa de sus tendencias nacional-bolcheviques por Hitler, en una sesión del partido celebrada después de la salida de éste de la fortaleza en la que había estado encarcelado, y tuvieron que retractarse y someterse, Goebbels anotó en su diario: «Es como si me hubiesen dado un trompazo. ¿Qué Hitler es éste? ¿Un reaccionario?... Nuestra tarea, dice, es la destrucción del bolchevismo. El bolchevismo es una creación judía. Debemos aplastar a Rusia. ¿A ciento ochenta millones de personas? En una palabra, estoy desconcertado.»

De hecho, el planeado «aplastamiento» de la Rusia soviética no figuraba en el programa del NSDAP ni jugó papel alguno en la propaganda cotidiana del partido. Por lo demás, habría dañado la estrategia con la que los nacionalsocialistas se catapultaron al centro del devenir político y finalmente al poder. A la vista de la galopante crisis económica mundial, y de sus efectos devastadores, una parte creciente de la población reducía toda la política a la cuestión de cómo podrían romperse las «cadenas de Versalles».



Caricatura por Berryman publicada en *Punch*, 1933

Desde el mismo principio, una de las ideas centrales de la propaganda de Hitler fue «la primacía de la política interior». Sin una renovación nacional y moral en el interior, no podía haber política de potencia en el exterior. Se situaba en primer plano el postulado de liberar Alemania de todas las formas de «extranjerización» de la vida social y cultural, de los «tahúres de partido», «la prensa judía», «la música de negros» y el «bolchevismo de salón». Era una reacción puritana al creciente atractivo de los estilos de vida occidentales y a todo lo que en la terminología nazi cayera bajo la rúbrica de «la ciénaga de la cultura hedonista de la gran ciudad» y que había convertido el tratado de Versalles en una «paz sifilítica».

Esta asociación reflejaba el hecho paradójico de que, no en último término por la palanca de las reparaciones forzosas, la integración cultural y económica de la República de Weimar en Occidente había avanzado significativamente. En este aspecto, los nacionalsocialistas se pusieron al frente de una reacción centrada en el mundo de vida que, utilizando categorías actuales, podríamos llamar «fundamentalista», si no hubiera sido al mismo tiempo muy inconsecuente. Claro que esta inconsecuencia probablemente contribuyó mucho a su éxito. De la visión del mundo y de la sociedad de los nazis cada cual podía extraer lo que le conviniese.

Si el principal ataque fue dirigido sobre todo contra el «marxismo», esto tenía que ver en primer lugar con la pretensión de ser, como «Partido Nacional-Socialista Obrero Alemán», la auténtica voz del proletariado alemán, pero también con una apelación al sentimiento burgués y pequeñoburgués de encontrarse bajo amenaza. Con el concepto de «marxismo» se metía en un mismo saco a socialdemócratas y comunistas; eran formas de radicalismo variable de un «socialismo judío» corruptor, al que se oponía frontalmente el «socialismo alemán» o «nacional» que había que construir, cuya única vocación era el bien supremo del Estado y del Reich.

Los duros enfrentamientos con los comunistas en la calle y en locales cerrados partían del hecho de que el KPD —aparte del propio NSDAP—, era la única agrupación política que no podía considerarse como integrante de los «partidos del sistema» democráticos. La estrategia de las SA, siguiendo el ejemplo de los *fasci* italianos, era disputarles a los luchadores del Frente Rojo Comunista su propio terreno tanto como fuera posible. Eso pondría de manifiesto una voluntad dictatorial y, justamente por su brutal agresividad, satisfacía las necesidades de orden de burgueses y pequeñoburgueses. Pero también era una batalla por la supremacía psicológica e ideológica, una guerra civil latente por el control de las calles y los barrios, una campaña de propaganda paramilitar entre las masas proletarizadas.

El carácter activista y simbólico de la política nacionalsocialista se correspondía con su vaguedad política, sobre la que ha llamado la atención Joachim Fest: «Es muy revelador que los discursos de Hitler en los años de su gran éxito entre las masas contuviesen muy pocas declaraciones concretas de intenciones y que dejasen de lado incluso sus ejes ideológicos de siempre, como el antisemitismo y el espacio vital.»

En esos años, con el establecimiento de la dictadura de Stalin y la transición a una industrialización forzada, la visión que tenía la opinión pública alemana de la Unión Soviética cambió otra vez considerablemente. Los dramáticos informes sobre la colectivización violenta de aldeas con asentamientos alemanes, junto con una amplia campaña de retorno de colonos, causaron cierta conmoción en la prensa. Y con Hugenberg, el nuevo líder del Partido Popular Nacional Alemán (*Deutschnationale Volkspartei*), se abrió de nuevo paso en este partido la esperanza de un desmoronamiento de la Unión Soviética, sobre todo a la vista de las informaciones acerca de la resistencia a la colectivización en Ucrania, considerada por muchos desde la Primera Guerra Mundial como un territorio predestinado para los intereses alemanes. Con todo, eran mucho más representativas posi-



Stalin junto
a sus colaboradores.

ciones como las del conde Reventlov, un publicista *völkisch*, quien en 1931 afirmaba que, con la victoria de Stalin sobre Trotsky, ya no se podía hablar de un «bolchevismo judío», pues el bolchevismo se había convertido en un asunto nacional-ruso; y que un plan quinquenal que tuviese éxito sería un «acontecimiento de importancia histórica» que requeriría también un cambio en la actitud hacia la Unión Soviética.

En enero de 1932, Hitler pronunció un discurso de campaña en el Club Rhein-Ruhr de Düsseldorf destinado a disipar las claras reservas que abrigaban los magnates de la industria hacia su aventurero programa y su partido de masas del populacho, que entretanto —con 800.000 afiliados y diez millones de votantes— había asumido un papel clave. En un giro hábil, Hitler subrayó en primer lugar que en la vida económica, como en el ejército, prevalecía un orden natural jerárquico-autoritario, mientras que la democracia política ya era una especie de comunismo. A partir de aquí, se refirió al bolchevismo, del que dijo que «no es sólo una canalla que campa por algunas calles de Alemania», ni tampoco, sin más, un «nuevo método de producción» (una alusión al claro atractivo de los planes quinquenales soviéticos). Más bien, se trataba de «una concepción del mundo que pronto sojuzgará a todo el continente asiático y (que) poco a poco socavará y arruinará al mundo entero». Sí, si nadie le ponía coto el bolchevismo «sometería al mundo a una transformación tan completa como la que en su época llevó a cabo el cristianismo». Algún día, tal vez, se hablaría de Lenin con la misma reverencia con la que hoy se habla de Jesús o de Buda. En resumen, se trataba de un «fenómeno de dimensión gigantesca» con el que inevitablemente había que contar y que «destruirá ineluctablemente una de las premisas de nuestra continuidad como raza blanca», porque el bolchevismo era una rebelión de las infraclasses sociales y de los pueblos de color contra la supremacía natural de la «raza blanca», de los europeos.

Parecía que por fin el antibolchevismo visceral de Hitler había salido aquí a la luz. En cualquier caso, al orador lo que le interesaba era espolear el miedo de los industriales a una toma del poder por los comunistas y presentar a su propio partido como el garante de una contrarrevolución nacional. En este aspecto, el antibolchevismo implacable de Hitler era muy calculado, como iba a serlo más adelante en sus tratos con los estadistas occidentales, sobre todo de Gran Bretaña. Los temores de los industriales sin duda eran reales. Sin embargo, no hay motivo para suponer que Hitler los compartiese. En privado, repetidamente ridiculizó el potencial revolucionario de los comunistas, lo mismo que Goebbels, quien por una antigua afinidad seguía con particular atención las actividades de sus adversarios y que ya a principios de 1932 no veía ningún peligro en ellos.

Sin embargo, lo más notable del discurso de Hitler ante los industriales era la reconsideración radical de la Rusia bolchevique en comparación con el cuadro que había trazado en *Mein Kampf*. Si aquí hablaba de una tierra socavada por el judaísmo, abocada «por obra del destino mismo» a convertirse en objeto de la acción colonizadora del señorío alemán, ahora invocaba la amenaza compacta de un estado que representaba a un movimiento mundial, cuyos artífices posiblemente podrían pasar a la historia como fundadores de una nueva religión. Significativamente, el discurso no giraba en torno al *Lebensraum* y no mencionaba para nada al «bolchevismo judío». Ante un auditorio como aquel, Hitler no podía cosechar ningún éxito con su antisemitismo maníaco ni con sus fantasiosos planes para el Este. Pero sí que hizo referencia a la situación doblemente difícil del

Reich, que describió con tonos dramáticos: la deuda con los vencedores occidentales que lo tenían esclavizado y el lento pero progresivo socavamiento de Alemania por el bolchevismo. Esto causó mucha impresión. La revolución nacional que prometía Hitler acabaría decididamente con el «marxismo» —y, de paso, con los sindicatos y la representación organizada de intereses— y conduciría al establecimiento de un nuevo orden corporativo que, a pesar de todas sus similitudes con el exitoso modelo del fascismo italiano, tendría las características de una original *Volksgemeinschaft* alemana. Por esto recibió vivos aplausos, aunque sólo una modesta cantidad de donativos. Contrariamente a lo que a menudo se ha dicho, «la gran industria» no le dio a Hitler ningún mandato de hacerse con el poder y preparar la guerra en aquella sesión rodeada por la leyenda.

Si relacionamos lo dicho hasta aquí con las tesis de Ernst Nolte, resulta claro que si una cosa no era el antibolchevismo de Hitler era su «instinto básico» político del que se seguía todo lo demás. Probablemente cabe detectar un miedo elemental a la rebelión de un estrato social «de infra-hombres», combinada con un levantamiento de los «pueblos de color», cuyo manipulador y dominador secreto era siempre y en todo lugar el «judío mundial», que en su variante de «judío financiero internacional» exprimía a los pueblos y controlaba los gobiernos, mientras que como «judío étnico», como marxista o bolchevique, incitaba a la lucha de clases y predicaba la bastardización de las razas.

En esencia en este cuadro no se hacía sino inscribir en una demonología los fenómenos propios de la vida moderna. El miedo pánico de Hitler a los agentes patógenos y bacilos, que le llevaba a lavarse las manos después de cada conversación, no era sino la exacerbación hipocondríaca de una percepción del mundo que compartía con muchos de sus contemporáneos. Aquí cobraban expresión los reflejos defensivos que podía suscitar la globalización económica y cultural, la mayor densidad de las comunicaciones y, en general, la red cada vez más estrecha de contactos y relaciones sociales, en una palabra: la promiscuidad de la vida moderna.

En esta atmósfera que tras la guerra mundial y ya del todo con la crisis económica mundial asumió formas históricas, el concepto de «bolchevismo» pasó a ser una designación miscelánea o acumulativa siempre cambiante y casi por completo desvinculada de su objeto estricto. Así, un libro del mentor de Hitler, Dietrich Eckart, que apareció después de su muerte en 1924, fue titulado «El bolchevismo desde Moisés a Lenin. Diálogo entre Adolf Hitler y yo mismo». De esta forma se relacionaba la más que milenaria existencia del judaísmo, que subvertía la cultura, con el concepto de «bolchevismo», cuya forma de manifestación más importante parecía ser la «cristiandad mosaica» fundada en el Antiguo Testamento. Al mismo tiempo circulaban libelos contra el «bolchevismo musical» de los exponentes de la Nueva Música, contra el «bolchevismo cultural» de los pintores abstractos y de los dramaturgos de vanguardia o contra el «bolchevismo sexual», que podía significar cualquier cosa, desde la coeducación al peinado a lo garçon, el jazz, las mujeres guerreras o el cine de Hollywood. No era necesario que tuviese relación con el bolchevismo como movimiento político.

Con su instinto para captar todos los resentimientos de la época, Hitler adoptó este «antibolchevismo» en sus variadas manifestaciones. Pero en última instancia todos los caminos conducían a la figura amenazadora del «judío mundial», del «rey de reyes», que pretendía la bastardización, la degeneración y la castración de los pueblos arios, ya fuera a través del dinero y la bolsa, de la prensa y la democracia, del liberalismo, del desenfreno sexual, de las enfermedades venéreas, de las guerras mundiales, de las inflaciones, de las hambres provocadas, de la proliferación de grandes ciudades y de las danzas hotentotes. O a través del «marxismo». Hitler sabía deslindarlo muy precisamente del bolchevismo y el comunismo.

Por lo demás, el discurso antes mencionado en el Club Rhein-Ruhr demostraba que los cambios producidos en la Unión Soviética con la eliminación de los «trotskistas» y la industrialización forzada no habían escapado a la atención de Hitler. No necesitaba a esta Unión Soviética estalinista como un «ejemplo» ni como una «visión de pesadilla», sino que más bien era un factor con el que había que contar, de la misma manera que no había que perder de vista al KPD en la política nacional. Pero esto se reducía a una mera actitud «antibolchevique» de carácter defensivo. Más bien, se podía ver en la política de Hitler una correspondencia exacta con la estrategia del Comintern, que creía que su propia toma del poder, con el fortalecimiento paralelo del campo fascista (aquí el reverso del campo comunista), «resulta obstaculizada al mismo tiempo que acelerada».

Fue Leon Trotsky, el astuto observador e imaginario líder de una «Cuarta Internacional», quien desde la distancia diagnosticó tempranamente que la estrategia del KPD de centrar sus ataques contra el «socialimperialismo» del SPD invitaba virtualmente a los nazis a tomar el poder —no sólo por la división del movimiento obrero y sus fuerzas de defensa, sino principalmente por la posibilidad de que los nazis ofrecieran sus servicios como salvadores a las fuerzas burguesas—. Más aún, una vez en el poder, y siguiendo el mismo método, Hitler se pondría a disposición de las potencias occidentales capitalistas como un «super-Wrangel» de la burguesía mundial. Con su consentimiento, haría añicos las ataduras de Versalles y lanzaría una cruzada antibolchevique contra la Unión Soviética.

Los análisis de Trotsky, formulados desde el exilio, era una mezcla extraña de sagacidad y oscurantismo. Anticipó con exactitud uno de los mecanismos básicos del ascenso de Hitler y su fructífera política de «liberación» y rearme del Tercer Reich con la aquiescencia de las potencias occidentales. Pero, por otra parte, Trotsky no entendió y subestimó las fuerzas, objetivos y motivaciones *originales* del movimiento nazi. Ernst Nolte ha visto a Hitler en el momento de su discurso en el Club Rhein-Ruhr justo en este mismo papel que le atribuyó, en su día, Trotsky: allí Hitler se presentó «de manera totalmente inconfundible como el anti-Lenin» y como un «super-Wrangel de la burguesía mundial». Pero nada podía ajustarse menos a lo que era la ideología y la política de Hitler antes y después de la toma del poder que semejante interpretación.

Las dudas sobre la fuerza real del KPD que Hitler había expresado en privado antes de 1933 fueron sobradamente confirmadas por la disolución casi sin resistencia de su aparato. Los jefes nacionalsocialistas casi esperaban una resistencia comunista armada que nunca tuvo lugar. En este sentido, el incendio del Reichstag se les apareció literalmente como un regalo del cielo. La leyenda del intento de insurrección dirigida desde Moscú era tan débil que el proceso de Leipzig contra Dimitrov y el presidente del grupo parlamentario comunista, Torgler, que más tarde se puso al servicio de los nazis, concluyó en absolución. Sin embargo, la leyenda ya había cumplido su función. El cuento del inminente levantamiento comunista sirvió para forzar la aprobación por el nuevo Reichstag de la «ley de poderes especiales» con el voto favorable de los partidos burgueses. Después de esto, Hitler ya disponía del instrumental necesario para establecer su dictadura personal y, tal como anunció furiosamente, para justar cuentas también con la «reacción», es decir, para desembarazarse de sus socios de coalición, los nacional-alemanes.

Es verdad que las bandas de las SA y más tarde la Gestapo maltrataron y persiguieron de la forma más brutal a miles de comunistas y otros adversarios del régimen, golpeando a muchos de ellos hasta la muerte. Pero esto estaba en línea con las esperadas represiones que se esperaban de un estado «fascista» según el modelo italiano. Por otra parte, las autoridades nazis no hicieron ningún intento por detener a todos los miembros y funcionarios del disuelto KPD. Hitler le aseguró al corresponsal británico Selfton Delmer que no necesitaba una «noche de san Bartolomé». No pocos de los detenidos fueron puestos en libertad después de unas semanas o unos meses, incluyendo a

En esta atmósfera que tras la guerra mundial y ya del todo con la crisis económica mundial asumió formas histéricas, el concepto de «bolchevismo» pasó a ser una designación miscelánea o acumulativa siempre cambiante.

cuadros de alto rango del partido como Herbert Wehner. Sólo en contados casos los comunistas fueron desposeídos duraderamente de sus derechos, aunque se les sometió a una estrecha vigilancia y a un fuerte acoso. Pero el que colaboraba, era bienvenido. Goebbels y otros nacionalsocialistas destacados repitieron muchas veces que un «comunista decente» podía ser un camarada nacional mucho más provechoso que un oportunista o que un vástago decadente de la burguesía.

Aún más transparente que la función del antibolchevismo declarado en la política interna fue su uso de cara al exterior. Kurt Lüdecke, hombre de confianza de Hitler en los primeros años, escribió en 1938, en su exilio americano, que antes de llegar al poder Hitler ya le había dicho que sólo había una forma de superar el peligroso período de la ruptura del tratado de Versalles y del rearme: había que convencer a Inglaterra y Francia que Alemania era el último bastión contra el avance bolchevique.

Este cálculo funcionó mucho mejor de lo que nunca imaginó Hitler. Los políticos británicos, sobre todo, estaban seriamente preocupados por los armamentos soviéticos así como por el crecimiento de movimientos de inspiración comunista en las colonias y en una serie de países europeos. La perspectiva de una toma del poder por parte de los comunistas en Alemania les debió parecer una pesadilla absoluta: la conexión de una Alemania soviética con la URSS de Stalin, de hecho, habría cambiado de un solo golpe y por completo las relaciones de fuerza en todo el mundo. En la misma Francia los partidos de izquierda estaban avanzando y, durante un breve período, pudieron formar gobierno bajo el signo del «Frente Popular», como había sucedido antes en España. Desde la perspectiva británica, todo el continente europeo parecía dividirse en estados fascistas y comunistas, que libraban una verdadera guerra por delegación en la guerra civil española. Y dado que la URSS se había convertido ya en un factor de poder a tener en cuenta que además estaba socavando de diversas maneras los pilares del imperio británico en Asia y en Oriente Medio, los estadistas conservadores de Londres consideraban un riesgo razonable dar luz verde a Hitler para la realización de sus aspiraciones de una Gran Alemania en la Europa centrorienta y permitirle un rearme controlado si, a cambio, estaba dispuesto, como alegaba constantemente, a no perseguir otros objetivos adicionales.

Con todo, cabe preguntarse si la política «anti-Comintern» de Hitler en los años de 1935 a 1938, que aparentemente estuvo en el primer plano de la política nacional e internacional, no fue expresión, con independencia de todas las motivaciones de orden táctico, de una tendencia ideológica y política de fondo del nacionalsocialismo, a diferencia de la fase inmediatamente posterior de giro radical e inesperado a una vía de colaboración y de laxa alianza bélica con la Unión Soviética, que habría obedecido según esto a consideraciones puramente oportunistas.

En la política «anti-Comintern» cabe reconocer, sin duda, algunos elementos de convicción y ligados a la propia concepción del mundo. Pero tenían un papel claramente secundario. Las campañas antibolcheviques de esos

Adolf Hitler, junto a Rudolf Hess, presidiendo un desfile, 1936



Los estadistas conservadores de Londres consideraban un riesgo razonable dar luz verde a Hitler para la realización de sus aspiraciones de una Gran Alemania si, a cambio, estaba dispuesto a no perseguir otros objetivos adicionales.

años, que culminaron en el congreso del partido en Nuremberg en 1936, estaban dictadas sobre todo por imperativos prácticos inequívocos. Dado que el peligro comunista en el interior ya no existía, la propaganda antisoviética desplegada a partir de 1935 tenía que colmar el vacío, a fin de dar verosimilitud a un escenario de amenaza y justificar la dura represión de toda oposición. En las instrucciones secretas del Ministerio de Propaganda se decía con toda claridad que las continuas noticias espeluznantes sobre la Unión Soviética servían para anular las críticas: a los círculos económicos, que se quejaban de los altos impuestos y las reglamentaciones, se les impresionaría con informaciones acerca del terror estalinista y del inmenso esfuerzo armamentista del Ejército Rojo; las quejas de la población trabajadora sobre la escasez de alimentos y los magros salarios serían acalladas con referencias a la catastrófica situación de los obreros soviéticos.

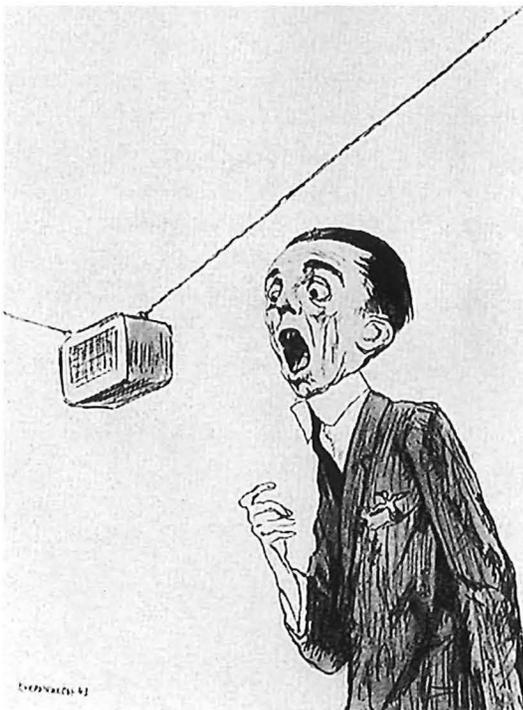
Además de esto, la agitación contra el «judeo-bolchevismo» era utilizada para combatir las simpatías conservadoras hacia el Este. Hasta 1936, un sector bastante amplio de los publicistas alemanes sostenía la opinión de que la Unión Soviética se estaba rusificando cada vez más, hasta el punto de que, en el fondo, se había convertido en una variante genuina de nacional-socialismo. Por ejemplo, hasta mediados de los años treinta Klaus Mehnert publicó entusiastas reportajes sobre los logros soviéticos en algunos periódicos de gran difusión. La obra de los propagandistas «anti-Comintern» estaba en gran medida dirigida a disolver estas todavía extendidas tendencias «rusófilas» en el periodismo y los medios académicos.

Por lo demás, la ruidosa propaganda «anti-Comintern» servía también para legitimar la progresiva privación de derechos de los ciudadanos judíos en Alemania y, en parte también, para desviar la atención de la opinión pública de este asunto. Aquí las necesidades de política interior y la propaganda exterior se solapaban. A causa de su política antisemita, el Tercer Reich se veía en cierto modo obligado a justificarse ante los interlocutores occidentales e incluso ante la Italia fascista. Con todo, el intento de promover una política de alianzas a la ofensiva basada en el antisemitismo y el antibolchevismo, esto es, de buscar no sólo la comprensión, sino también simpatías en el ámbito internacional, condujo sólo a modestos resultados.

Finalmente —y lo más importante— la forzada propaganda contra «la destrucción del mundo por el comunismo» estaba destinada a encubrir la creación de un sistema de alianzas propio. El pacto «anti-Comintern» suscrito en diciembre de 1936 con Japón, al que se sumaría Italia firmó un año más tarde, no era ni mucho menos lo que pretendía ser. Los signatarios ni tan sólo se comprometían a prestarse ayuda mutua en caso de un ataque soviético. Para los comentaristas occidentales no era difícil percatarse de que en realidad se trataba de una coalición de las potencias «jóvenes» que tenía como objetivo alterar el *statu quo*, por lo que el pacto, en este sentido, se orientaba tanto contra las potencias occidentales como contra la Unión Soviética.

No lo vieron de otra forma los dirigentes soviéticos. Para éstos, en todo caso, el pacto

Viñeta de
Kukriniksi



«Anti-Comintern» fue enormemente provechoso, en la medida que les permitía fabricar absurdos escenarios conspirativos de política interna que justificaban la realización de juicios-farsa y las consiguientes y sangrientas depuraciones.

¿Quién o qué era exactamente el «Anti-Comintern»? El sucinto estudio de Walter Laqueur basado en los archivos de esta organización ha lanzado alguna luz adicional sobre los aspectos destacados por los análisis habituales. En realidad era un departamento más del Ministerio de Propaganda de Goebbels. El personal con que contaba era escaso. Al fin y al cabo, con la excepción de Rosenberg, apenas había alguien en el NSDAP que se hubiera dedicado de un modo más o menos sistemático al bolchevismo. Su director, Adolf Ehrt, procedía del gabinete de prensa de la Iglesia Evangélica. Su adjunto, Eberhart Taubert, fue durante años un asistente subalterno de Goebbels. Hacia fuera el «Anti-Comintern» actuaba con independencia del Estado y del Partido, con lo que pretendía imitar la autonomía formal de la Internacional Comunista.

Los escritos propagandísticos que se produjeron en rápida sucesión eran bastante flojos, a pesar de la tremenda cantidad de documentación disponible gracias a los numerosos retornados de la Rusia soviética. De cualquier forma, eran lo suficientemente hábiles para dejar a un lado el tema del «bolchevismo judío», en función del autor y de los destinatarios, mientras que en otros casos lo convertían en el tema central. Las tiradas podían ser muy grandess, pero sólo porque el grueso de los libros y folletos se distribuían gratuitamente. Las publicaciones de la factoría Rosenberg sobre las almas raciales rusa y judía y sus raíces históricas en el caos de pueblos del mundo mediterráneo y bizantino, o el relanzamiento adaptado a las necesidades de los años treinta de los «Protocolos de los Sabios de Sión», lo tuvieron incluso más difícil. En opinión de los colaboradores de Goebbels dejaban de lado lo que más interesaba al público, es decir, lo que *realmente* ocurría en Rusia.

El «Anti-Comintern» había sido concebido como el núcleo de una organización *internacional* que se suponía que desafiaría al auténtico Comintern. Pero todos los intentos en esta dirección fueron baldíos. En el mejor de los casos, según Laqueur, «el Anti-Comintern reunió grupos abigarrados de coroneles austríacos en paro, sacerdotes polacos y miembros del contraespionaje japones». Una «Primera Conferencia Confidencial Internacional Anticomunista» celebrada en noviembre de 1936, paralelamente al Congreso del Partido en Nuremberg, que en principio debía preparar un Congreso Mundial, no dio resultados dignos de mención.

Pero lo más revelador de todo es que la dirección nacionalsocialista apenas le dio importancia al «Anti-Comintern». La apremiante solicitud de una emisora de radio que pudiera competir con las emisiones en lenguas extranjeras de Radio Moscú no fue atendida. No es un hecho anecdótico. Más bien muestra hasta qué punto el «Anti-Comintern» no pasó de ser un fantoche. Ya en el invierno de 1938-39 tuvo que paralizar en gran parte su trabajo. Taubert comunicó internamente que Hitler había dado órdenes de suspender la propaganda antibolchevique «para que no debilitara el efecto de la propaganda antijudía». En agosto de 1939 se prescindió de la mayor parte del personal. Y el 26 de agosto la prensa recibió instrucciones de Goebbels de hablar nuevamente de «Rusia» en lugar de la «Unión Soviética»; y había que utilizar además un «tono cálido y amable».

■ Traducción de J. Soler